

decirlo así, los labios, pronunciando nombres santos y armoniosos. ¿Es, por ventura, Señores, todo lo material y tangible tan gustoso y ameno, que no pueda permitirme en este recinto, como solaz y recreo, un poco de metafísica?

Metafísica hay en el mundo mucho más abstracta, muchísimo más etérea, que ha hecho derramar sangre. ¿No le será dado á otra el poder de enjugar lágrimas, de sanar dolores, de precaver desastres?

De cierto no será á la mía, Señores; que no presumen de tanto mis limitadas fuerzas; pero podrá ser la vuestra, esclarecidas y cultivadas inteligencias, patrimonio el más rico, —aunque sea un patrimonio metafísico,— de nuestra Patria..... Será sin duda la vuestra, juventud generosa! Porque la metafísica son las ideas; y las grandes ideas son las flores, que visten el árbol que ha de dar por fruto grandes y gloriosas acciones.

LECCION TERCERA.

DEL INDIVIDUALISMO Y DEL SOCIALISMO EN LA HISTORIA.

I.

Señores: Al exponer mis creencias en la explicacion anterior, no abundaba de tal manera en mi propio sentido, ni me dejaba dominar por un dogmatismo tan absoluto, que desconociera los peligros que hay tambien en mi tendencia filosófica, y que se pueden sacar consecuencias duras, atroces y tiránicas de algunos de los principios asentados en las consideraciones preliminares. Ahí están para atestiguarlo la historia de la humanidad, y la filosofía.

La ley de la asociacion, considerada como condicion ingénita y necesaria de la sociedad misma, no siempre fué comprendida de una manera tan lata y generosa, que quedara á salvo la espontaneidad de la personalidad humana. Si los filósofos de los últimos siglos sacrificaron á un individualismo estrecho las obligaciones y los principios sociales, los socialistas antiguos, —más distantes todavía de aquel equilibrio, que es para nosotros la civilizacion,—habían suprimido la individualidad humana dentro del orden social, como en su moral religiosa sometieron el libre albedrío á una fatalidad inexorable. Y digo,

Señores, los *socialistas* antiguos, en el sentido filosófico que he dado antes de ahora á esta calificación; porque no hay duda de que en éste, como en otros principios primitivos y fundamentales, sin los que la humanidad no hubiera podido desarrollarse en los primeros tiempos, parece que su conocimiento, su instinto, ó su revelación, se encuentra más puro y más absoluto, á medida que nos remontamos á edades más remotas.

Señores, es verdad: los pueblos antiguos fueron absoluta, exagerada y eminentemente *socialistas*. Todo lo consideraban, todo lo hacían, todo lo juzgaban desde el punto de vista de su asociación de raza, de tribu ó de ciudad. En aquellos pueblos nunca tiene representación el individuo: hasta las individualidades históricas ó poéticas son generalmente mitos ó emblemas, que representan un pueblo. LA PATRIA, República ó Imperio; democracia ú oligarquía; teocracia ó dictadura militar, es el fin y el principio de todo. Todo es por ella, de ella y para ella: el hombre no es nada; y bajo cualquiera forma, aunque sea la más popular, que sus instituciones políticas se manifiesten, nunca leeréis escrita en ellas la palabra *derechos* en plural. Ni la palabra existe, Señores. La que á la nuestra corresponde, tiene á veces un sentido enteramente contrario. El *jus* latino, ya lo veis, no es lo que ahora entendemos por derecho; es *jussum*, lo mandado, lo que se debe obedecer: es el precepto, la ley, la obligación. La idea cohesiva y absorbente de la unidad, de la fuerza y de la omnipotencia social, es el principio que predomina en el carácter de las gentes antiguas; en su establecimiento material, en sus legislaciones, en sus conquistas, en sus costumbres.

Nunca se ocurrió á los filósofos de aquellas épocas dis-

putar sobre si la sociedad ó el poder podía imponer la pena de muerte, de confiscación, ó de destierro por la infracción de las leyes religiosas ó sociales. La persona, la vida del ciudadano inocente ó culpable, eran en tal manera del Estado, que Atenas condenaba al ostracismo al más justo de sus hijos, en nombre del bien de la Patria, contando hasta con su propio voto, sin que se le ocurriera ni al pueblo un escrúpulo, ni á la víctima una protesta. Sócrates fué condenado á la última pena, por haber propalado doctrinas, que tendían á debilitar los antiguos vínculos sociales; y la Historia, atentamente examinada, está muy lejos de presentarnos á Anito y Melito como á dos perversos; sinó más bien como á ciudadanos probos, severos, respetados y celosos del buen orden y de la conservación de la república.

El nombre de Sócrates, Señores, trae á la memoria el de Platon, á quien se ha llamado el *primero de los socialistas*, y en cuya ideal república, de tal manera ejerce la sociedad su omnimoda compresión sobre el individuo, que desaparece enteramente toda personalidad, toda libertad, toda garantía. Ciertamente es así: yo no lo puedo desconocer. Por el contrario, me cumple consignarlo; pero también me cumple hacer observar que en esta manera de discurrir, Platon estaba muy lejos de ser innovador, y no hacía otra cosa que sistematizar los principios, que entónces prevalecían, llevándolos hasta sus últimas consecuencias.

No hay, es cierto, individualidad alguna en la república de Platon; pero no puede decirse propiamente que desaparece en su obra y en su doctrina un principio, que entónces no se encontraba en parte alguna aplicado, ni era por nadie comprendido. Tan *socialista* como su orga-

nizacion aristocrática, era la demagogía de Atenas; tan comunista, tan tiránica, tan opresiva, tan monacal, Señores, era la triste oligarquía de Esparta. La utopía de Platon no estaba en tanto desacuerdo, como ahora nos parece, de las ideas dominantes en aquella época. Era una combinacion más ó ménos extraña de los principios entónces admitidos, de las doctrinas entónces profesadas, y—si se me permite un símil de actualidad,—era como la Constitucion de Siéyes respecto á las instituciones constitucionales de nuestros dias.

Algunos,—es verdad,—han creido ver en el despotismo socialista del discípulo de Sócrates una tendencia reaccionaria, que habia inspirado en su alma el espectáculo acerbo de la muerte de su Maestro. Nosotros debemos observar, Señores, que tan arraigada estaba en los espíritus la idea del poder social, que ni aun un exceso tan grande de tiranía fué bastante para despertar en el alma de Platon un sentimiento, que se pareciera á la protesta individual de una víctima contra el crimen, contra la injusticia de aquel poder social, ante cuya inflexibilidad nada era una existencia consagrada á la virtud y á la verdad. Porque hay que advertir, Señores, que el suplicio de Sócrates no habia sido un arrebato demagógico, ni un hecho revolucionario; el revolucionario, el reformador era él; y los que le hicieron morir con todo el aparato de la justicia, y con todas las formas de la legalidad, eran los *conservadores*, los que ahora llamaríamos partidarios del antiguo régimen.

La verdad histórica es que el socialismo despótico de Platon era, en su creencia, el mismo sistema y principio político en que habia vivido y respirado toda su vida; era el comunismo monástico de Lacedemonia; era el

absolutismo democrático de Atenas; era, en fin, aquella autocracia de la soberanía colectiva, que no reconociendo ningun derecho ni garantía, obligaba á las más ilustres y excelsas celebridades á buscar voluntariamente la muerte ó el destierro, cuando se habian puesto en lucha con su opinion, ó cuando estaban en desgracia de su favor; aquella libertad eminentemente social, que consistía en el despotismo de todos, y en la seguridad de ninguno.

La libertad individual, Señores, ni como institucion, ni como palabra, ni como idea es conocida en las repúblicas antiguas; así como tampoco lo habia sido en las anteriores y diversas organizaciones políticas de pueblos todavía más remotos.

II.

En la civilizacion latina, etrusca ó romana, encontramos el mismo carácter, la misma creencia, el mismo dogma fundamental. La libertad de Roma—harto lo sabeis, Señores,—no era otra cosa que la soberanía de la aristocracia. Las que mal pudieran llamarse inmunidades de sus ciudadanos, no son más que prerogativas políticas. El respeto y consideracion á su persona es algo que se parece á la inviolabilidad de los Reyes modernos: no el reconocimiento de un derecho, que se funde en la naturaleza y en la dignidad del hombre; es un homenaje de respeto tributado á la participacion del poder social, á la inviolable majestad de la República.

Si es verdad que al ciudadano condenado á muerte se le dejó en Roma,—como ántes en algunas repúblicas griegas,—el tiempo y opcion de evitar el suplicio con el

destierro, esto es una prueba más, una demostración irrefragable, cuando otra no hubiera, de que la pena era allí una medida puramente política, y que el castigo no llevaba consigo ninguno de los fines morales, que se propone la ley en el escarmiento de la perversidad humana.

Vosotros sabéis todo lo que eran la moralidad, la virtud y el patriotismo del individuo en los antiguos tiempos: sabéis que su existencia, su nombre, su gloria eran del Estado. Y su propiedad también, Señores; porque todos conocéis cuán largo tiempo transcurrió, hasta que la disposición de la herencia por última voluntad pasase á ser de derecho civil y privado, desde la época en que el testamento era una ley solemne de la República, como ahora podría serlo una cesión del territorio.

Tan imbuido estaba entonces en la opinión el principio de que todo derecho emanaba de la sociedad, que las concesiones obtenidas por la plebe, en sus querellas con la aristocracia dominadora, jamás tuvieron el propósito, ni revistieron el carácter de franquicias personales. Fueron privilegios de clase; fueron derechos colectivos; fueron el ensanche de la soberanía política; fueron la participación en el poder público y en los ritos religiosos. La idea del tribuno era todavía eminentemente socialista; era la garantía política de un poder del Estado; era la oposición colectiva, consagrada en una magistratura. El principio absorbente de la omnipotencia social, debía sufrir aún muchas modificaciones, y pasar por muchas vicisitudes antes de llegar á la inviolabilidad personal, á la oposición por derecho propio.

Esta idea, Señores, ni los Gracos mismos la concibieron. Acaso César la comprendió mejor; pero la época de César raya en los fines de la antigüedad. Con las ideas

de César que, pareciendo avasallar á Roma, aspiraba á la emancipación del mundo, se inauguran los tiempos modernos; y no en vano, Señores, los pueblos de la tierra empezaron á contar de nuevo sus días desde la ERA, que señalaba la reforma del hombre más grande que habían visto los tiempos.

En efecto, Señores; el primitivo absolutismo del principio social desaparece con la antigua República. Cuando la palabra HUMANIDAD empieza á tener una significación en el mundo político, la individualidad humana inicia su representación poderosa en el mundo moral. En los campos de Farsalia y de Munda lo que pereció fué el socialismo antiguo; la libertad individual había de nacer bajo la tiranía del Imperio. ¡Extraño espectáculo, Señores; pero con frecuencia repetido en la Historia! Siempre se dan fenómenos de esta clase, en la sucesiva y encadenada metamorfosis de los acontecimientos humanos: así acontece con todo en este mundo de contrastes y reacciones. Hasta las mieses y las flores, que visten los campos en Junio, germinan y brotan bajo las nieves de Febrero. ¿Quién sabe si el despotismo, que tan hundido en la tumba nos parece, está resucitando ahora!

Mas ¿porqué se desenvolvió, en tan extrañas circunstancias, la individualidad humana? La razón la hemos dado en las explicaciones antecedentes, al asentar que la asociación necesita la unidad y predominio de un sentimiento moral. En la República romana, lo era el patriotismo, la nacionalidad. Cuando el Imperio dejó de ser Nación, no fué posible que prevaleciera ninguno de aquellos sentimientos poderosos. En aquella agregación violenta de nacionalidades no había Patria. La fraternidad de culto no existía en una religión que no era doctrina,

ni sentimiento. Bien pronto no hubo siquiera ni la mancomunidad de la propia defensa, puestas en lucha tantas naciones y tantas razas. Hubo sólo la uniformidad de una legislación sostenida por la fuerza; la fuerza, Señores, que sería el más disolvente de los principios, si no fuera el más efímero de los hechos.

Bajo la tiranía sin nombre, que nació de la acumulación de las funciones de Cónsul con las de Tribuno, no bastó que hubiera súbditos para que hubiera asociados. En aquel dilatadísimo campo de cultos, de gentes, de doctrinas y de tendencias, faltó el hombre de vínculos morales; hubo de concentrarse poderosamente sobre su absoluta y aislada personalidad. Y una vez colocado el espíritu humano en el primer declive de esta pendiente, todas las circunstancias contribuyeron á acelerar los progresos del inevitable descenso.

La filosofía epicúrea,—compañera inseparable de la opresión y del indiferentismo político,—limitando entonces la existencia al círculo de los goces sensuales y de los intereses positivos, no fué individualismo siquiera; era egoísmo puro. Es verdad que también floreció por aquellos tiempos la filosofía estoíca. ¡Y qué, Señores!... El estoicismo, que divinizó el orgullo, llegaba por la adoración propia, á los mismos resultados sociales que el epicureísmo. El estoíco era un epicúreo espiritual; era un fanático del egoísmo; era, como los discípulos de la escuela hegeliana, un adorador de su misma Divinidad, que se inmataba por ella en desprecio de Dios y de sus semejantes.

¡Y algunos han querido comparar la doctrina estoíca con la moral cristiana! ¡Sacrilega comparación, Señores! La doctrina de Cristo colocó el suicidio en el número de

los crímenes capitales; y esta diferencia sola abre un abismo entre las dos creencias.

Mientras que esto pasaba en la raza latina, los pueblos septentrionales traían de sus regiones aquel sentimiento de independencia personal, de aislamiento y de suficiencia, que había de modificar de una manera tan esencial el espíritu de las naciones formadas de la familia germánica y escandinava. Y de parte de los pueblos subyugados, cuando la grande invasión se consumó, cuando la tiranía de aquellos emperadores sin legitimidad y sin grandeza llegó á sus últimos extremos, las inmensas desgracias, las calamidades horribles que vieron los hombres, y que experimentaron los pueblos, acabaron de introducir en los ánimos aquel profundo y desconsolador egoísmo, que acompaña siempre, ó que sigue irremisiblemente á los infortunios sin remedio ni esperanza.

III.

Pero —¿y el cristianismo? me diréis.— Permittedme, Señores, que no tome en cuenta por ahora para mi propósito la influencia y la predicación cristiana. De ella habré de tratar deliberadamente, á su tiempo. Cuando estoy hablando de los sentimientos é instituciones de los hombres, no me cumple dar cabida á una doctrina, que no tiene contacto ni filiación con ningún sistema humano; que no es principio ni continuación de nada, sino el complemento de todo. La ciencia blasfemaría, si sólo contara á Jesucristo entre los filósofos.

El hombre, Señores, que estudia la filosofía y la historia, tiene que anonadarse confundido, y postarse des-

lumbrado delante del Evangelio, como San Pablo en el camino de Damasco. Jesucristo es al pié de la letra lo que dice San Juan: EL VERBO DE DIOS, QUE SE HIZO HOMBRE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS. El cristianismo es la divina alianza entre la idea más dilatadamente social, —y aun por eso se llama *católica*,— y el reconocimiento más santo de la dignidad humana. Y la Iglesia, esa sociedad que comprende á todos los pueblos en el espacio, á todas las generaciones en el tiempo, y á todas las almas en la eternidad, es un ideal de tan formidable grandeza, y de tan sorprendente sublimidad, que ninguna inteligencia humana hubiera podido concebir este pensamiento. Él solo basta para probar una revelacion divina.

Pero la Iglesia, que debia asimilarse el mundo para comprenderle en un destino que está fuera de los alcances de toda humana institucion, la Iglesia no era el Estado en política, aunque pudiera aspirar á ser la sociedad. Por la pretension de ser poder coercitivo y gobierno temporal, vemos acaso retroceder alguna vez ó extraviarse de su camino el magestuoso progreso del cristianismo.

La Iglesia como sociedad, y el cristiano como individuo, son el ideal social y el tipo de la perfeccion humana. Así la Iglesia y el cristiano hicieron portentos, desconocidos ántes en los anales del hombre y en la historia de las naciones. Una y otro aparecen como un modelo de perfeccion, que quiso ofrecer el cielo á la contemplacion de los ojos humanos, para mostrar al mundo todo lo que puede llegar á ser; al hombre, todo á lo que puede elevarse. Pero ni el cristiano era el hombre político, ni la Iglesia era el Imperio. Los designios de Dios no estaban todavía cumplidos; y para la obra anunciada por el Divino fundador del cristianismo, ni cuatro ni diez siglos podian

ser una preparacion suficiente. Cuando la Iglesia se formaba, el Imperio se disolvía; y en tanto que se echaban los cimientos de aquel edificio eterno, que podrá ser algun dia el reino de Dios sobre la tierra, las constituciones humanas desaparecían en la ausencia de todo poder temporal verdaderamente socialista y unitario.

Por eso no me detendré, Señores, en pintaros la sociedad de la Edad media. Todos la conocéis. Es el período del individualismo en la grandeza de la barbarie. En los tiempos antiguos las sociedades eran colosos: los individuos, pigmeos: en los tiempos bárbaros los pueblos son miserables, impotentes, repugnantes; las individualidades, magníficas y grandiosas. Hoy llamamos Europa á lo que hasta el siglo décimo quinto no aparece casi nunca con un nombre colectivo. La Europa no existía. Fuera de la unidad de creencia, no se vé entonces en el Occidente más que una fermentacion anárquica de intereses, de pasiones, de tendencias y de instituciones, todas marcadas con el sello de la individualidad. Las naciones no tienen poder ni gobierno: las nacionalidades no tienen todavía suelo ni Patria. Los godos se llaman godos en el Guadalquivir, como se llamaban en el Danubio: los vándalos del Elba conservan su denominacion sobre las ruinas de Cartago. Y para que todo sea pulverizacion y caos, la maravilla de Babel se renueva: el órgano del pensamiento, la palabra de la ley y de la ciencia pierden su significacion, y de rio á rio hablan los hombres distinto idioma, como de monte á monte se rigen por distinta ley, y obedecen á diferente señor.

Pero apenas éste individualismo amenaza llegar á sus últimas consecuencias, cuando la fuerza vital de los principios, que nunca perece en el mundo, despierta en la

Europa el espíritu de asociación, de una manera nueva y desconocida en los tiempos y en las naciones antiguas. En lo antiguo la asociación había nacido con cada pueblo. Hubo una época, Señores, en que, confundidos los pueblos, con cada idea nació una sociedad, y el espectáculo de los portentosos hechos, que en medio del general cataclismo, llegó á consumar la unidad de entusiasmo y de pensamiento, no fué perdido para el instinto ni para la inteligencia de los hombres.

Bajo el influjo de una inspiración fanática se había visto á una horda de errantes beduinos fundar un Imperio desde el Eufrates al Ebro. Como en rechazo de este movimiento prodigioso, el fervor de la fé cristiana había lanzado media Europa sobre la Palestina, y rescatado á España de la dominación sarracena. El sentimiento religioso había levantado gigantescas maravillas de arquitectura en tiempos de profundísima ignorancia, y consagrado á Dios prodigios de arte, en medio del atraso de la ciencia; el espíritu profético de una mujer lanzaba á los ingleses del suelo francés, y una aristocracia poderosa había elevado una potencia colosal y una ciudad magnífica en los pantanos del Adriático.

La asociación en torno de una idea moral fué el germen generador de todos los grandes hechos y de todas las instituciones de aquellos tiempos, y la civilización moderna empezó á desarrollarse, fecundada con el calor de este nuevo socialismo. La civilización antigua había reconcentrado y absorbido todas las pasiones y facultades del hombre en una sola sociedad, en la sociedad política: en la época á que nos referimos, para cada necesidad, para cada sentimiento, para cada interés se forma una asociación. La industria se organiza en gremios; el

comercio, en compañías; la ciencia, en universidades; la enseñanza, en colegios; la defensa de la religión y del honor, en órdenes de caballería; la beneficencia, en hermandades y cofradías; y hasta la piedad, Señores, hasta el ascetismo, y la penitencia, y la predicación evangélica, y el rescate de los cautivos, y el consuelo y alivio de las humanas dolencias, en órdenes religiosos innumerables. Todo fué societario en aquella Europa, donde al parecer no había quedado sociedad alguna: el mundo antiguo no había alcanzado á ver tan extraordinario fenómeno.

Pero otro fenómeno más extraño todavía se observa en la historia de estos tiempos. La asociación, que tarda más en constituirse y en perfeccionarse; la que encuentra mayores obstáculos; la que tiene que vencer mayores repugnancias, y conciliar más complicados intereses; aquella que resiste más, tanto las asociaciones parciales como las individualidades poderosas, es la sociedad política. Y es que la sociedad política, en su regeneración, ya no podía fundarse en un principio unitario y absorbente, como el patriotismo antiguo; sino que tenía por elementos dos fuerzas y dos principios hostiles, interin no se combinaran la idea del poder público y el sentimiento íntimo de la independencia y dignidad individual. De una parte, la idea abstracta de la ley y de la justicia, sujetando á su yugo las individualidades demasiado eminentes y privilegiadas; de la otra, el reconocimiento de la prepotencia personal de los más fuertes, ó de los más entendidos, oprimiendo á su vez, por derecho de dominio y de su privada voluntad, á los que en lo antiguo no reconocían más dueño personal que el Estado.

Entre éstas pretensiones y tendencias debía entablarse una obstinada lucha, ántes de llegar á una difícil concor-